

salieron de él mil y seiscientos dioses y diosas, los cuales dicen, que viéndose así caídos, desterrados y sin algún servicio de hombres, que aún no los había, acordaron de enviar un mensajero a la diosa, su madre, diciendo que pues los había desechado de sí y desterrado, tuviese por bien darles licencia, poder y modo para criar hombres, para que con ellos tuviesen algún servicio. La madre respondió, que si ellos fueran los que debían ser, siempre estuvieran en su compañía; mas pues no lo merecían y querían tener servicio acá en la tierra, que pidiesen a Mictlantecuhtli, que era señor o capitán de el infierno, que les diese algún hueso o ceniza de los muertos pasados y que sobre ello se sacrificasen, y de allí saldrían hombre y mujer, que después fuesen multiplicando. Oída pues la respuesta de su madre (que dicen les trajo Tlotli, que es gavilán) entraron en consulta y acordaron que uno de ellos, que se decía Xolotl, fuese al infierno por el hueso o ceniza, avisándole que por cuanto el dicho Mictlantecuhtli, capitán de el infierno, era doblado y caviloso, mirase no se arrepintiese después de dado lo que se le pedía; por lo cual le convenía dar luego a huir con ello sin aguardar más razones. Hízolo Xolotl de la misma manera que se le encomendó; que fue al infierno y alcanzó de el capitán Mictlantecuhtli el hueso y ceniza que sus hermanos pretendían haber, y recibido en sus manos luego dio con ello a huir. Y el Mictlantecuhtli afrentado de que así se le fuese huyendo, dio a correr tras él, de suerte que por escaparse Xolotl, tropezó y cayó, y el hueso, que era de una braza, se le quebró y hizo pedazos, unos mayores y otros menores; por lo cual dicen los hombres ser menores unos que otros. Cogidas, pues, las partes que pudo, llegó donde estaban los dioses, sus compañeros, y echado todo lo que traía en un lebrillo o barrerón, los dioses y diosas se sacrificaron, sacándose sangre de todas las partes del cuerpo (según después los indios lo acostumbraban) y al cuarto día, dicen, salió un niño. Y tornando a hacer lo mismo, al otro cuarto día salió una niña; y los dieron a criar al mismo Xolotl, el cual los crió con leche de cardo. Disparate muy grande, pero como de gente ciega no hay que maravillar que así lo creyesen y dijesen.

CAPÍTULO XLII. *De cómo fue criado el sol, y de la muerte de los dioses según mentirosamente estos indios lo creían*



RIADO YA, PUES, EL HOMBRE, y habiendo multiplicado, traía o tenía cada uno de los dioses ciertos hombres, sus devotos y servidores, consigo. Y como por algunos años (según decían) no hubo sol, ayuntándose los dioses en un pueblo que se dice Teutihuacan, que está seis leguas de Mexico, hicieron un gran fuego; y puestos los dichos dioses a cuatro partes de él, dijeron a sus devotos que el que más presto se lanzase de ellos en el fuego llevaría la honra de haberse criado el sol, porque el primero que se echase en el fuego, luego saldría sol; y que uno de ellos, como más

animoso, se arrojó en el fuego y bajó al infierno. Y estando esperando por donde había de salir el sol, en el entretanto, dicen, apostaron con las codornices, langostas, mariposas y culebras, que no acertaban por donde saldría. Y los unos, que por aquí, los otros, que por allí, en fin, no acertando, fueron condenados a ser sacrificados; lo cual después tenían muy en costumbre de hacer delante de sus ídolos. Y finalmente salió el sol por donde había de salir y detúvose, que no pasaba adelante; y viendo los dichos dioses que no hacía su curso, acordaron de enviar a Tlotli por su mensajero, que de su parte le dijese y mandase hiciese su curso; y él respondió, que no se mudaría del lugar adonde estaba hasta haberlos muerto y destruido a ellos. De la cual respuesta, por una parte temerosos y por otra enojados, uno de ellos, que se llamaba Citli, tomó un arco y tres flechas y tiró al sol, para le clavar la frente; el sol se abajó y así no le dio. Tiróle otra flecha la segunda vez y hurtóle el cuerpo; y lo mismo hizo a la tercera. Y enojado el sol tomó una de aquellas flechas y tiróla al Citli y enclavóle la frente, de que luego murió. Viendo esto los otros dioses, desmayaron, pareciéndoles que no podrían prevalecer contra él, y como desesperados, acordaron de matarse y sacrificarse todos por el pecho. Y el ministro de este sacrificio fue Xolotl que, abriéndolos por el pecho con un navajón, los mató y después se mató a sí mismo; y dejaron cada uno de ellos la ropa que traía (que era una manta) a los devotos que tenía en memoria de su devoción y amistad; y así aplacado el sol, hizo su curso. Y estos devotos o servidores de los dichos dioses muertos envolvían estas mantas en ciertos palos, y haciendo una muesca o agujero al palo le ponían por corazón unas pedruzuelas verdes y cuero de culebra y tigre; y a este envoltorio decían Haquimilolli; y cada uno le ponía el nombre de aquel demonio que le había dado la manta. Y éste era el principal ídolo que tenían en mucha reverencia y no tenían en tanta como a éste a los bestiones o figuras de piedra o de palo que ellos hacían. Refiere el mismo padre fray Andrés de Olmos, que él halló en Tlalmanalco uno de estos ídolos envuelto en muchas mantas, aunque ya medio podridas de tenerlo escondido.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo Tezcatlipuca apareció a un su devoto y lo envió a la casa de el sol*



LOS HOMBRES DEVOTOS DE ESTOS DIOSES MUERTOS, a quien por memoria habían dejado sus mantas, dicen que andaban tristes y pensativos, cada uno con su manta envuelta a cuestras, buscando y mirando si podrían ver a sus dioses o si les aparecerían. Dicen que el devoto de Tezcatlipuca, que era el ídolo principal de Mexico, perseverando en esta su devoción, llegó a la costa de la mar, donde le apareció en tres maneras o figuras y le llamó y dijo: ven acá, fulano, pues eres tan mi amigo, quiero que vayas a la casa del sol y traigas de allá cantores e instrumentos para que me